parecía un vagabundo, poco deseoso de encontrar á nadie.

—¡Aquí, Odín!—dijo Faustina con voz breve.

El perro corrió hacia su ama.

—Felizmente, el foso nos protege—murmuró Nelly—porque ese individuo no promete nada bueno.

En aquel momento llegaban á la verja abierta y el hombre las vió: estaba de pie en medio del camino, cruzados los brazos, con expresión de profundo desaliento; pero de pronto hizo un brusco ademán, cual si tomase una resolución, y franqueando la verja, dirigióse a Faustina.

VIII

DURANTE el furioso ataque de los soldados de línea, Pedro se había defendido vigorosamente; pero la lucha no fué larga: al cabo de media hora reinaba lúgubre silencio en aquel bosque convertido en cementerio; sólo algunos hombres habían podido escapar, y entre ellos el marido de Francisca, á quien no se persiguió porque queríase ante todo encontrar al prisionero vivo aún.

Durante toda la tarde Pedro permaneció oculto detrás de un árbol, agachado entre la espesura: cuando las sombras comenzaron á extenderse por el llano asomó la cabeza, mirando y acechando, pero sin ver á nadie; no se divisaba la menor sombra sospechosa

entre los velos grises del crepúsculo. Aunque hubiese salvado la vida, Pedro no estaba fuera de peligro. ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? Era imposible regresar á París, pues si trataba de franquear la distancia que le separaba de los baluartes, encontraría infaliblemente las tropas de los sitiadores. También juzgó imposible retroceder para remontar por la parte de Versalles, pues con su casaca de guardia nacional se le reconocería al punto. El penado que en otro tiempo escapaba del presidio infamante de Tolón era descubierto siempre por su repugnante uniforme; si llamaba á la puerta del campesino, éste le ahuyentaba á golpes; y si pedía asilo al pastor nómada, el pastor le azuzaba su perro. No había salvación posible mientras que el penado llevase encima la humillante casaca, pues era como si llevase el lejano presidio sobre los hombros. Lo mismo le sucedía á Pedro, porque se aborrecía á los comunistas, y por eso se despojó de la casaca y arrojóla en un matorral con su kepis; cierto que se podía reconocer aún el galón rojo cosido en el pantalón negro, pero á pocos pasos asemejábase al de un soldado de artillería. Por otra parte, reinaba la oscuridad, y quedábale toda la noche para trazar su línea de conducta. ¡Si por lo menos pudiese comer y beber! No sabía dónde buscar ahora su pan, aquel pan que había compartido con el desgraciado Esteban. ¿Pediría limosna con aquel traje? Locura era pensarlo, porque esto equivalía á entregarse con tanta seguridad como si, encontrando á un soldado, le invitase á detenerle. Sin embargo, no podía rondar toda la noche como una fiera acosada por

los perros; ni siquiera sabía dónde se hallaba, y ante todo era preciso orientarse.

A la izquierda extendíase un considerable caserío, y en ambos lados del camino veíanse graciosas quintas. Pedro temblaba. Debía parecer un vagamundo, con el rostro y las manos ennegrecidas por la pólvora, con su mirada inquieta y su cabello en desorden; aquel hombre, de aspecto feroz, sucio y que llevaba la cabeza desnuda, infundiría pavor. Sin embargo, siguió adelante, y después de recorrer unos quinientos metros reconoció el país: estaba en Sèvres. ¡Amargura del recuerdo! Hacía algún tiempo había ido á pasear allí con Francisca, y parecíale ver á su Santiaguito deslizándose entre los trigos para coger florecillas. ¡Qué lejos estaba ya aquel hermoso tiempo! De repente Pedro se detuvo: á la derecha elevábase una casa de aspecto sencillo y cómodo, una casa de burgués parisiense, muy tranquila. La luna iluminaba en aquel momento con su blanca luz aquella porción del paisaje, y por la reja abierta, Pedro vió una niña que, sentada en un guardacantón jugaba con su perro, al que ofrecía azúcar, levantando la mano para que saltase. El animal brincaba y la niña reía, acercaba el azúcar y alejábalo después, complaciéndose en escuchar los ladridos del perro. Era una niña como de doce años, algo gruesa y de cabello rubio, cuyos espesos rizos adornaban su frente. Pedro franqueó bruscamente la verja y adelantóse hacia la niña, que al verle se puso en pie al punto, balbuceando:

—Caballero, caballero...

Poseída de temor, dejó caer la mano, de lo cual se aprovechó el perro para comerse el terrón de azúcar.

—Señorita—dijo Pedro con voz breve, procurando dulcificarla—no tema usted... señorita, yo no soy malo... pero no he comido nada desde ayer. Déme usted un pedazo de pan y un vaso de agua.

Pedro hablaba con un tono tan extraño, y con tal expresión de temor y sufrimiento, que la niña se sintió conmovida; miróle con ojos de asombro y parecía preguntarse de dónde salía tan de improviso aquel vagabundo. De pronto soltó una carcajada y dijo:

—¡Positivamente está usted de suerte, pues mi mamá y mi tía han ido á paseo; la criada habla con el jardinero... y yo no sé por qué, pero cuando los dos están de conversación, ella no se fija en nada! Espere usted un minuto; con tal que mamá no venga... ella no diría gran cosa; pero mi tía sí.

Y siempre riendo, satisfecha sin duda porque hacía algo prohibido por su tía, la niña desapareció en la casa; al cabo de cinco minutos volvió cargada de comestibles, pan, carne y una botella de vino: apenas podían sus bracitos sostener aquel peso.

—¡Ah!—exclamó—no podría usted llevarse todo eso; espere un poco, que voy á buscar una servilleta.

Dejó sus provisiones sobre el guardacantón, y el perro comenzó á olfatearlas. A Pedro le parecía encantadora aquella niña, y hubiera querido hablar con ella para darle gracias; pero la madre y la tía de que habló le atemorizaban. Seguramente gritarían al ver aquel gitano en su casa, y así puso los víveres en la servilleta que la niña le presentó y anudóla rápidamente.

—¿Cómo te llamas, hija mía?—preguntó.

—Gabriela; pero me llaman Gab.

—Jamás te olvidaré; quisiera abrazarte; pero estoy tan negro...

Pedro sonreía al hablar así; y por primera vez desde su salida de París, desde que hubo de separarse de su esposa y su hijo, una expresión de alegría iluminó sus ojos tristes. La niña reía siempre.

—A mí no me importa que esté usted negro—contestó;—abráceme usted lo mismo, y no me olvide.

—Lo prometo, Gabriela...

—No olvide que me llaman Gab... vamos, váyase usted pronto, porque mi mamá y mi tía pueden volver, y ésta se encolerizaría.

Nunca había comido Pedro tan bien: al pie de un árbol, en medio del campo, devoró los víveres que debía á la caridad de una niña. ¡Qué suerte había tenido! Si hubiera encontrado una criatura temerosa en vez de aquella, que tenía valor y era buena, le cogían sin remedio, ó le llevaban á Versalles, para encerrarle en uno de los calabozos donde estaban los federales cautivos; y entonces no volvía á ver nunca á Santiago ni á Francisca. Después de comer, hacíase preciso buscar un refugio para pasar la noche, pero esto era muy sencillo; bastaba internarse en la espesura del bosque; hízolo así, y cuando se vió protegido por el follaje de los altos árboles, el infeliz sintió un profundo bienestar y recobró la esperanza. Al escapar de tantos peligros, hubiera podido creer que algún espíritu be-

néfico le protegía. La batalla primero, aquella temible permanencia en el bosque después, la encarnizada lucha cuando los soldados de línea atacaron, y por último, aquella dulce niña que se apareció de pronto para prestarle auxilio cuando se entregaba á la desesperación. Murmuraba su nombre con cariñoso acento, y parecíale ver aún el semblante gracioso de Gab y su frente coronada de blondos rizos. Comenzaba á experimentar una deliciosa calma: cerraba ya sus ojos, mecido por las primeras caricias del sueño, y al fin se durmió profundamente: sobre su cabeza sonreía la inmensa bóveda azul tachonada de estrellas.

Cuando despertó, algunos campesinos pasaban por la carretera. Las angustias de Pedro se renovaban con el día; poco le importaba que le tomasen por un vagabundo, pero el galón rojo de su pantalón revelaba que el obrero era un federal fugitivo. En su consecuencia, resolvió permanecer en su escondite durante algunas horas; había economizado sus víveres la víspera, y pudo almorzar bastante bien. En aquel momento, el reloj de una iglesia lejana dió las doce; y otra vez Pedro se preguntó qué haría.

Cuando la esperanza penetra en el corazón, fíjase en él obstinadamente; el recuerdo de Gab consolaba y sostenía al obrero, y pensó que no faltaban personas buenas y generosas que socorrieran al pobre. Tal vez hallara asilo en alguna casa, y quizás le admitirían en calidad de mozo en alguna granja. Hubiera adelantado bastante por el camino, pero á menudo pasaban pelotones de soldados, y prefería esperar la noche.

Transcurrió toda la tarde sin que se moviera del mismo lugar, y al fin se aventuró á eso de las cinco. Ante él se extendía un campo de remolachas; avanzó por uno de los surcos y llegó al camino que veía antes desde lejos; atravesóle y penetró en el campo inmediato, avanzando siempre sin rendirse á la fatiga, resuelto á intentarlo todo para salvar su existencia, necesaria á dos seres que le adoraban. Hacía un cuarto de hora que recorría un angosto sendero, cuando de pronto se detuvo bruscamente, porque diez ó doce soldados de línea avanzaban en sentido opuesto; lo más sencillo era continuar su camino, sin manifestar ningún temor, y pasar tranquilamente por delante de aquellos hombres; pero hacía veinticuatro horas que Pedro estaba acosado por fúnebres visiones, y un solo pantalón rojo le infundía indecible terror. Por eso emprendió la fuga, como liebre descubierta por los perros; mientras que los soldados, extrañando ver un hombre que huía al acercarse ellos, sin razón ni motivo, corrieron en su seguimiento, gritando: «¡Detenedle, detenedle!» Pero el terror comunicaba alas al fugitivo, que pronto alcanzó una ventaja considerable; franqueaba los vallados, saltaba por encima de los matorrales y salvaba los fosos. Por fin llegó á otro camino, y muy pronto vió un extenso parque, de profundidades sombrías, protegido por un ancha zanja; siguióla por espacio de algunos minutos, llegó á una verja, y de pronto vió á Faustina y á Nelly. Ya no podía resistir más: sus dientes se entrechocaban, tenía la vista turbia, sus sienes latían con fuerza, y el corazón,

saltando en su pecho, amenazaba ahogarle. Entonces se cruzó de brazos, ansioso y vacilante, y luego reflexionó que sólo la caridad de aquellas jóvenes le podría salvar aún. Dirigióse hacia ellas, resuelto á contarles todo y á implorar su auxilio, pensando que dos hermosas jóvenes no debían ser crueles. Nelly temblaba, estrechándose contra su amiga, tranquilizada hasta cierto punto por la presencia de Odín, que enseñaba los dientes. Faustina esperaba al vagabundo con la cabeza alta y el rostro sereno.

—¿Qué quiere usted? ¿Qué pide?—preguntó con acento breve.

—Señorita... señorita... estoy perdido; sálveme V.

—¿Porqué está perdido? ¿Quién es usted?

—¡Oh! permítame entrar para ocultarme, y se lo diré todo; soy un hombre honrado; tengo mujer é hijo, y si me matan, ellos morirán del mismo golpe.

Faustina contemplaba á aquel desconocido que invocaba su piedad: sus ojos, de dulce mirada, revelaban la lealtad; y pensó que, siendo ella desgraciada, debía tender la mano á cuantos lo fuesen.

—Entre usted—contestó sencillamente.

Y cuando Pedro estuvo en la alameda, cerró la verja y condujo al fugitivo á un bosquecillo.

—Sin duda ha corrido usted largo tiempo—le dijo—y ya no puede resistir más; siéntese en ese banco para descansar un poco.

Pedro unió las manos y contempló á Faustina como si adorase á una santa.

—¡Señorita!... ¡ah, señorita!...—murmuró.

—No hable usted; está usted sin aliento—dijo Faustina;—luego me dirá todo lo que quiera. Por lo demás, no necesito saber quién es, ni lo que hace, ni de dónde viene; le persiguen, yo le doy asilo, y esto me basta.

Nelly, espantada al principio, permanecía detrás de la señorita de Bressier; pero tranquilizada ya, acercóse curiosamente á Pedro Rosny.

—Tienes razón—dijo con viveza—no es un ladrón.

Pedro palideció.

—¡Ladrón yo!—murmuró.

—Llégate al castillo—continuó Faustina—y dile á Mario que venga.

—¡Cómo! ¿vas á quedarte sola con... con....?

Y no sabiendo qué nombre dar á Pedro, señalábale con un ademán algo cómico.

—Haz lo que te digo—prosiguió la señorita de Bressier con acento cariñoso, aunque revelaba la imperceptible expresión de autoridad que se notaba siempre en la joven cuando quería ser obedecida.

Nelly se alejó, volviendo la cabeza de vez en cuando para ver lo que pasaba. No habría sido poco su asombro si la hubieran anunciado que aquel fugitivo, aquel vagabundo, era el esposo de la joven que tres días antes vió tendida en el foso. En la vida hay coincidencias singulares. ¿Por qué capricho de la suerte habían ido la mujer y el esposo, en tan poco tiempo, á caer en el mismo sitio?

Pedro miraba siempre á Faustina; hubiera querido decírselo todo, demostrarle que su caridad no salvaba á un hombre indigno; pero la joven no le permitió abrir

la boca, pues inspirábale compasión aquel desgraciado á quien el destino enviaba allí en un día que era el más desgraciado de su existencia. Hallábase en aquel estado de ánimo en que se necesita hacer bien á cualquiera: si una avecilla, batida por la lluvia y el viento, hubiera ido á caer junto á los cristales de la ventana, habríala abierto al punto, para recogerla. ¿Por qué rechazaría á un hombre que llamaba á su puerta, implorando compasión?

Sólo una pregunta se hizo mientras Pedro, sentado en el banco, recobraba lentamente sus fuerzas. ¿De dónde venía aquel desconocido, y por qué le perseguían?

Examinándole más atentamente, comprendió: era un guardia nacional, un prisionero que huía sin duda; reconocíolo por la ancha franja roja del pantalón negro. ¡Pues bien, no importaba! Ella, hija de un hombre muerto por la bala de un federal, recibiría y protegería á otro, dándole asilo. ¿No le había contado su querido padre que en otro tiempo admitía á menudo en su tienda argelina á los árabes fugitivos? La casualidad conducía á su presencia uno de esos hombres cuya rebelión acababa de matar al padre que adoraba; pero siguiendo el ejemplo de aquél cuya memoria respetaba, dispensaría al desconocido su protección.

Nelly volvía, pero sola.

—¿Y Mario?—preguntó Faustina.

—No se le encuentra.

—Entonces, prescindiremos de él.

—Bien, arreglémonos sin Mario; no hay inconveniente—repuso Nelly, tranquilizada ya del todo.

—Ese hombre, continuó la señorita de Bressier, es un guardia nacional del ejército de París.

—¡Un comunista!

—No lo ha dicho, pero no es difícil de adivinar. Se trata de salvarle.

Pedro se levantó.

—Señorita—dijo con gravedad—usted es buena como Dios.

—Nada quiero saber—replicó la joven.—Las ideas de usted no son las mías, y seguramente sus actos no me inspirarían más que horror; pero no quiero que precisamente el día en que he enterrado á mi padre un hombre me haya tendido inútilmente la mano. No debe darme las gracias, pues lo que hago no es por usted, sino por él, que gastó la vida en nobles actos: una vez muerto, quiero que su memoria siga protegiendo á sus enemigos. Tiene usted el rostro y las manos ennegrecidas por la pólvora. Lávese usted en el estanque que hay allá abajo entre los árboles, pues si entrara así en mi casa, alguno de mis criados podría verle, y las habladurías son de temer. Dése usted prisa; no nos sobra el tiempo.

Faustina hablaba con dulce autoridad, aunque no sin firmeza. Pedro saludó y obedeció. Cerca de allí había un estanque entre la espesura, y fácil le sería al fugitivo borrar las señales negruzcas que le denunciaban á todo el mundo. Entre tanto, Faustina, que había vuelto á la alameda con Nelly, exponía su plan á esta última. La señorita Forestier se encargaría de distraer á los criados, mientras que Faustina subiría á la habi-

tación de Esteban, donde el joven tenía su guarda-ropa; daría un traje cualquiera al guardia nacional, á quien no se podría reconocer cuando se hubiese mudado la ropa; y algunos billetes de cien francos le permitirían ponerse en salvo. ¿Qué le sucedería después? Faustina no debía preguntárselo; hecha la buena acción, tendría tranquila la conciencia, habiendo respetado la memoria de su padre.

—¿Con que salvarás á uno de esos miserables que han dado muerte al general?—exclamó Nelly.

—Lo han matado en el campo de batalla.

—Pero si no fuese por ellos.....

—Yo no sería huérfana, es verdad; pero ¿qué quieres hacerle? He sido educada en estas ideas. Un vencido es sagrado.

En aquel momento resonaron gritos en el camino.

—¿Qué es eso?—preguntó Faustina volviéndose.

—Veo cazadores de línea y pantalones rojos—contestó Nelly—y van conducidos por un capitán. ¡Calla! se dirigen hacia la verja... Mira, Faustina.

IX

Cuando un hombre huye, la primera idea de los que le ven es perseguirle: puro instinto del sér humano. La liebre que salta en el campo arrastra tras sí á toda una pandilla de labriegos, ansiosos de cogerla; y el gato que galopa con la cabeza baja por las calles, suele ser perseguido por veinte